

XXIX

EL TEATRO DE LAS MUSAS

El viaje a Bagdad se aplazaba indefinidamente. En casa de la señora Airiau conocí al hijo de un importante industrial, Víctor Pellerin, entusiasta del teatro; un mozo de mucha corpulencia, siempre sudoroso y sofocado, con los ojos fuera de las órbitas, colérico y campechanote. Obtuvo de una Compañía de gas, ignoro en qué condiciones, el disfrute de una sala muy amplia en Bercy, donde construyó un teatro en el cual había escena, decoraciones, bambalinas y cuartos para los cómicos. Era el «Teatro de las Musas»; y si bien allí se practicaban poco las artes de Euterpe y Terpsícore, en cambio se cultivaban con asiduidad las de Talía y Melpómene. Su nombre quedaba justificado; pero de sobra clásico para una época dominada todavía por el gusto romántico, no logró atraer al público; insignificante inconveniente para un teatro donde se entraba por invitación. A mí el nombre me pareció delicioso. Los actores eran personas acomodadas, jóvenes aficionados amigos de Víctor Pellerin; las actrices eran profesionales, pertene-

cientes al Odeón o a otros teatros parisienses, y hasta había entre ellas dos de la Comedia Francesa. Sin muchos sacrificios encontraba Pellerin actrices aceptables. Aquel recio mozo, que reunía todas las condiciones de un buen director de teatro, disfrutaba en particular de la más importante de todas: la tacañería. Debe decirse que le era indispensable, porque aun así le costaba mucho su teatro, sin producirle nada, y sus recursos de hijo de familia eran insuficientes; pero supongo que no hay otro arte donde se consiga tanto con tan poco dinero.

Una circunstancia singular me permitió asistir a las representaciones del Teatro de las Musas. Ya dije que Víctor Pellerin era un excelente director; elegía muy atinadamente las obras, y como cada obra sólo debía representarse tres veces, no le era necesario amoldarse al gusto del público vulgar; sólo se preocupaba de satisfacer a los inteligentes, y lo conseguía. Cuando empecé a tratarle, ya tenía él dispuestas las representaciones de *El Alquimista* de Ben Jonson, el primer *Fausto* de Goethe, *Los Sinceros*, de Marivaux, entre otras obras desconocidas en los demás teatros. Ocurriósele después ensayar *Lysistrata*, lo cual era entonces un propósito completamente nuevo. Hablo de tiempos lejanos. Como Víctor Pellerin no ignoraba mi pasión por el arte y la literatura de la Grecia antigua, supuso que podrían servirle mis consejos para trasladar Aristófanes a París, y me invitó a las representaciones nocturnas. Fui asiduo, no por

creerme útil para nada, sino porque aquello me divertía. Goethe, amante del teatro, decía que una obra mediocre, medianamente presentada, no deja de ser un espectáculo maravilloso. Yo pensaba como aquel hombre divino, y mi gusto empezaba en los ensayos, donde los movimientos confusos y las frases desentonadas se ordenan poco a poco y forman una acción interesante. Agrada ver que hombres y mujeres, en su fondo semejantes a todos los hombres y a todas las mujeres, pero nunca peores; egoístas, ávidos, envidiosos, celosos, que se desean recíprocamente los mayores males posibles; trabajan afanosos y sometidos al interés general para realizar con esfuerzo patente un atinado conjunto.

Lysistrata era María Neveux, del Odeón, nuestra mejor actriz y la más bonita, rubia por artificio, con ojos negros, aterciopelados. Todo estaba sometido a ella en el Teatro de las Musas.

—Yo no trato a una mejor que a otra—decía Víctor Pellerin—, porque si lo hiciese no podría gobernar a mis actrices.

Frase indigna de un buen director de teatro como él. La verdad era que prefería entre todas a María Neveux, y que le costaba mucho esfuerzo gobernar su modesta compañía. De ahí su carácter colérico y descontentadizo; de ahí las arrugas de su frente y la exaltación de sus ojos; pero aun cuando no hubiese mostrado ninguna preferencia, encontrara innumerables dificultades en un oficio que las ofrece a cada momento de todos los géneros posibles, y que

precisamente le agradaba por esto... y por lo otro. También los actores, sus camaradas, tenían cada cual su actriz preferida. Las preferencias de los unos chocaban con las de los otros, pero todo se arreglaba por fin. También yo tuve desde el primer día una preferencia. Fué por Lampito la Lacedemonia, personaje representado por Juana Lefuel, del Odeón. Como no era un personaje importante, Juana Lefuel me propuso que le añadiese algunos «bocadillos», y no me lo propuso en vano. A consecuencia de mi debilidad amorosa, tuve la osadía de intercalar frases en el texto de Aristófanes. Diré, para disculparme, que *Lysistrata* sufrió en el Teatro de las Musas alteraciones tan funestas, que el propio Aristófanes no la hubiese reconocido si por un milagro asistiese a la representación. Pero ¿por qué me obstino en buscar otra excusa que los ojos de Juana Lefuel? Tenían aquellos ojos un color gris, que no era gris; un gris que no se había visto nunca y que no volverá jamás a verse; un gris ligero, líquido, sutil, aéreo, etéreo, donde unas pintitas luminosas, apenas perceptibles, flotaban en el fondo, relampagueaban en la superficie, se desvanecían, se sumergían y reaparecían de nuevo. Juana Lefuel no tenía la frescura, el esplendor y la insolente juventud de María Neveux, pero estaba mejor formada, cualidad poco atendible para la mayoría de los hombres que al sentirse atraídos por la belleza del rostro se deslizan sobre lo demás. ¿Quién lo ha dicho? Un maestro en la materia: Casanova. Pudo añadir que la

mayoría de las gentes no se hallan aptas para juzgar la belleza de las formas. En cuanto a mí, aseguro que me complacían las bien dibujadas formas de Juana Lefuel.

El personaje de Lampito, a pesar de mis «bocadillos» resultaba corto, y gracias a esto podía yo hablar tranquilamente con Juana Lefuel. Nos alejábamos de la escena, porque al menor murmullo Víctor Pellerin se encendía de rabia y lanzaba rugidos furiosos. Juana Lefuel era mi encanto; me alegraba oírle; tenía más ingenio que las otras actrices y acaso más lectura, pero no era esto lo más atractivo en ella. Por lo regular el asunto de la conversación es lo que menos me importa; me halla bien dispuesto, sea cual fuere, si se desarrolla conforme a mi gusto; los más humildes ingenios pueden satisfacerlo, y los más elevados podrían contrariarlo espantosamente. Por lo general no son de mi gusto las conversaciones femeninas, pero cuando una mujer habla como yo creo que debe hablar, me enloquece. Lo diré claro: me aburre la corrección excesiva en el tono íntimo; debemos dejarla a los oradores. Un discurso es algo semejante a un cuadro, es una pintura compuesta y acabada. Una conversación es una serie de apuntes. Pues bien, mis gustos en la conversación son los mismos que en la pintura. Me agrada un apunte cuando es libre, rápido, enérgico, impresionante. No debe ser mesurado ni preciso; debe exagerar la verdad para hacerla comprender mejor. Algo semejante necesita

la conversación; me resulta deliciosa cuando presenta a mis ojos una serie de bocetos, de apuntes, de indicaciones. La conversación de las mujeres educadas no suele ser así. La conversación de Juana Lefuel así era, fácil y natural; parecía un álbum de Daumier, y esto en una época en que la conversación de las mujeres educadas revestía una solemnidad aparatosa. Los asuntos que abordaba Juana Lefuel eran humildes, eran pequeños, pero las frases en que se producían los agradaban desmesuradamente. Relataba con frecuencia aventuras de bastidores, rivalidades de teatros y de amor, furores de mujeres celosas, amistades entre actrices, rotas, reanudadas y de nuevo rotas en una noche; burlas de cómicos, un huevo deslizado furtivamente por Pirro en la mano de Andrómaca, y la viuda de Héctor, tan pronto con el huevo en la mano derecha como en la izquierda, tiende al rey de Epiro los brazos suplicantes.

y vos pronunciasteis un fallo tan cruel...

El arte delicioso que dibuja sus más humildes frases era innato en ella, y lo perfeccionó en su profesión, que induce a ver y a sentir las formas y los caracteres de las cosas. ¡Qué agradables momentos pasé, gracias a Juana Lefuel, en la sala de pobre aspecto y escasa luz del Teatro de las Musas!

Terminado el ensayo hacia la media noche, se retiraban las personas razonables, y entonces nos-

otros evocábamos los espíritus. Todas las mujeres eran espiritistas. Ignoro si hasta Juana Lefuel, que hacía girar descaradamente las mesas con sus manos, creía también en los espíritus. A veces la mesa se magnetizaba con lentitud, pero al fin siempre se movía. ¿Cómo era posible que se mantuviera indefinidamente inmóvil bajo el contacto de tantas manos impacientes? Interrogábamos a los espíritus por la tiptología, es decir, por un valor convenido de los signos alfabéticos, o por la significación convencional de los golpes que daba la mesa. Un solo golpe significaba *a*; dos golpes, *b*; tres golpes, *c*; y así sucesivamente. Por añadidura, un golpe más recio quería decir *sí*; dos golpes querían decir *no*. Algunas veces los espíritus nos daban respuestas deshilvanadas, y no era esto lo peor. Sorprendióme que se mostraran tan poco inteligentes, y nuestra característica, llamada Teresa Duflon, me contestó de una manera razonable:

—Son los espíritus de los muertos —dijo—, y no basta haberse muerto para tener inteligencia.

Acaso por esta razón fué inútil preguntarle cuál era su estado presente a una colchonera que acababa de morir en Amiens. La pobre alma, que apenas tuvo conocimiento de la vida, mostróse más ignorante aún acerca de la muerte. Solía ocurrir lo mismo con la mayor parte de las almas que acudían a la mesa. Teníamos allí espíritus familiares de nuestra tertulia, un Charlot muy mal intencionado, y un Gosálvez en quien la señorita Berger recono-

cía a un su amante predilecto que por desgracia murió. Asistíamos emocionados a esas conmovedoras relaciones entre un muerto y un vivo; pero las patas de la mesa nunca ofrecían el recurso eficaz a las frases apasionadas, y Gosálvez nos aburría. Una de nuestras más bellas actrices, Rosemonda, se lanzó a la nigromancia con más inquietud y empeño que las otras desde que supuso haber evocado el alma de una niña llamada Luz, muerta a los siete años después de representar una comedia; caso muy semejante al del niño Septentrión, que sólo bailó dos veces en el teatro de Antípola y tuvo éxito. *Biduo saltavit et placuit*. Rosemonda asediaba a Luz con preguntas acerca de su vida terrena, tan breve, y de su vida actual. Luz hablaba poco y desaparecía luego. Observamos que los golpes de la mesa eran más suaves cuando hablaba ella, y que sus cortas visitas acusaban su condición infantil. Rosemonda, empeñada en sus averiguaciones, reconoció por medio de la tiptología a una tía de Luz, y entre otras preguntas que le hizo insistió en averiguar quién era la madre de Luz. Las confusas respuestas excitaron la curiosidad de Rosemonda, quien después de interrogar a varios muertos de la familia de Luz llegó a confundir a la madre y a la abuela de la niña. Su curiosidad no fué satisfecha, como tampoco lo fué la de los eruditos empeñados en saber de dónde había salido la niña Menou que figuraba entre los cómicos de Molière.

A pesar de las bromas un tanto atrevidas, de los

engaños más grotescos y de las mistificaciones menos disimuladas que acompañaron siempre al baile de la mesa: las mujeres, algunas de las cuales demostraban mucha lucidez, creían posible que los muertos acudieran a la sala del teatro, iluminada por tres bujías, donde hacíamos nuestras evocaciones rodeados por una impenetrable oscuridad, como Ulises en el país de los cimerianos. A veces de pronto, sin motivo, huían aquellas mujeres aterradas, entre gritos y exaltaciones turbulentas, como pájaros sorprendidos; se buscaban y se repelían las unas a las otras, se enredaban en sus propios vestidos, caían, imploraban el socorro de su madre y hacían la señal de la cruz. A los cinco minutos apiñábanse otra vez en torno de la mesa brincadora, con exclamaciones de júbilo, voces de admiración y alegres risotadas. Y el espectáculo se prolongaba hasta las dos o las dos y media.

A tales horas me veía obligado a ir con Juana Lefuel hasta la calle de Assas, lo cual era bastante complicado algunas veces; y sobre todo cuando llovía costaba encontrar un coche. Después de quince o veinte minutos de impaciencia lográbamos nuestro propósito, y nos metíamos en un viejo alquilón con un viejo caballo cojo, conducido por un viejo cochero que se acurrucaba en su carrick. En aquella postura tardábamos una hora en llegar a las cercanías del Luxemburgo. Nunca tuve motivo para lamentarlo, porque juntos y solos, nuestra conversación era más íntima. Yo le hablaba confia-

do, en absoluto abandono, con el afán de que me conociese bien. Ella no extremaba tanto su franqueza, y comprendí que hasta en sus confidencias más leales reservó mucho de su vida, de sus pensamientos y de sus acciones. Es posible que lo hiciese por prudencia, o acaso también porque se hallase desligada, hasta un punto difícil de imaginar, del pasado y del porvenir, y porque ninguna mujer limitó como ella su vida al momento presente para obtener la paz de su corazón. Desconocía los remordimientos y las inquietudes; era un alma serena como el mar tranquilo.

El coche se detenía frente al número 18 de la calle de Assas. Cuando aún nos quedaba algo que decirnos, yo despedía al cochero para subir al tercer piso donde se albergaba Juana. Llamábamos en el portal, pero hasta conseguir que se abriese había que trabajar, había que esforzarse; aquello era toda una labor, como dice Virgilio. Después de una insistencia obstinada, cansados ya de agitar la campanilla, de golpear la puerta con los puños y con los tacones, conseguíamos despertar al portero. Sésamo se abría, y todas las dificultades y angustias veíanse recompensadas. El aposento de la cómica no era lujoso; sus muebles se reducían a una cama de hierro, una cómoda de nogal y un armario de espejo; pero la pulcritud y el aseo de Juana eran encantadores. Adornaba caprichosamente las puertas con versos de su magín escritos entre flores pintadas a la acuarela. Sus versos no carecían d

ingenio, pero me chocaban ciertas faltas de prosodia. Al presente no las advertiría. Son estas historias de tiempos muy lejanos.

Una mañana fuí a visitarla. Juana cosía, y me asombró ver sobre su nariz unos grandes anteojos de concha. Tenía a mano muchas cajitas viejas, muchos viejos estuches que revelaban su primoroso cuidado. Así me place recordarla.

Al año de conocernos, Juana me abandonó tranquilamente. Yo no la olvido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1675 MONTERREY, MEXICO